

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

Publicaciones del I. E. O.

EL CASTILLO DE LOARRE

GUIA DEL TURISTA

POR

VIRGILIO VALENZUELA FOVED

Correspondiente de la Real Academia de la Historia
y Presidente de la Comisión P. de Monumentos



HUESCA
1963



14776

7
V
2 S

VIRGILIO VALENZUELA FOVED, nacido en Blancas (Teruel), graduado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, hace varios años que presta sus servicios a la docencia oficial como profesor de Geografía e Historia. Impulsado por sus fervientes afanes culturales, laboró con entusiasmo en la fundación, en 1949, del Instituto de Estudios Oscenses, del cual es Director.

Su labor científica fue justamente reconocida con su designación como académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Colabora en diversas publicaciones y tiene justo renombre como conferenciante erudito y ameno. Entre sus publicaciones cabe destacar: *Cabrera en Aragón*, *Ordinaciones del gremio de Pelliceros de Huesca*, *La obra de Forment en la provincia de Huesca*, *Datos sobre el Castillo de Anzano*, y *San Juan de la Peña. Leyenda, historia, arte. Guía del visitante*, etc.

R
14.776

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

Publicaciones del I. E. O.

Núm. I

EL CASTILLO DE LOARRE

GUIA DEL TURISTA

POR

VIRGILIO VALENZUELA FOVED

Correspondiente de la Real Academia de la Historia
y Presidente de la Comisión P. de Monumentos



HUESCA
1963

BIBLIOTECA AZLOR
INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES
HUESCA



El Castillo de Loarre, visto por el lápiz de Vicente Vallés

I

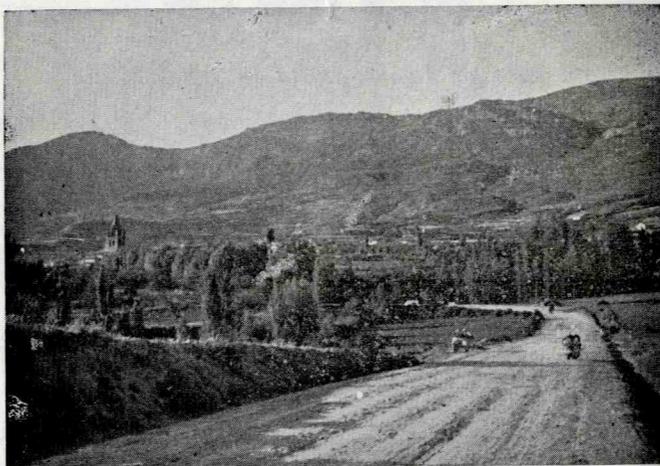
La villa de Loarre hasta la Edad Media

LA antiquísima villa de Loarre está emplazada en el fondo de un valle riente, circundada de olivos y almendros y recostada en las faldas de la sierra de Gratal. Sus casas, modestas, están presididas por la elegante torre gótica de su iglesia, adornada con airosos pináculos, chapiteles de espárrago y frondas salientes, características de las construcciones de transición del gótico al renacimiento. Muchos de los edificios ostentan todavía arcos semicirculares de piedra de sillería, jambas elegantes, que debieron ser labradas por artistas excelentes, portalones con entradas de fina línea que lucen escudos heráldicos sobre su clave.

Entre todos los edificios del poblado destaca el Ayuntamiento, con su pórtico sostenido por tres robustos estribos de piedra y dos columnas a sus extremos. Sobre este primer cuerpo se eleva otro de ladrillo con ventanales de arcos redondos

dobles. Todos estos detalles que se ofrecen por doquier al visitante nos hablan de la importancia enorme que tuvo Loarre en tiempos antiguos.

La iglesia, impresionante, está dedicada a san



El valle de Loarre, visto desde la cuesta de Santa Engracia

Demetrio, patrón de la villa, cuyos restos se encuentran guardados en una arqueta maravillosamente cincelada. Entre los mártires del nombre de Demetrio, el más célebre es el procónsul de Grecia bajo el imperio de Maximiano, que fue alanceado por orden de su emperador en el calabozo. El cuerpo de san Demetrio fue objeto de fervoroso

culto en Oriente y sin saber cómo, lo vemos trasladado a Loarre antes del siglo xiv, ignorando si fue traído de Italia o de Francia o bien si fueron los godos quienes lo trajeron consigo, siendo salvado de la invasión sarracena en las montañas del Pirineo, como tantas otras imágenes y sagradas reliquias y luego donado por Sancho Ramírez, tras la conquista de Loarre, a la iglesia de esta villa.

Muchos autores identifican a Loarre con la Calagurris ilergete, es decir, con la Calagurris Fibularia. Julio César cita en repetidas ocasiones a esta Calagurris y nos dice que con Osca le prestó gran ayuda durante el sitio de Ilerda.

Durante la dominación romana la población estaba situada junto al castillo y allí debió estar hasta muy avanzada la Edad Media en que fue descendiendo la mayor parte al pie del monte como lo demuestra el hecho de que la parroquia estuvo en el castillo hasta el año 1505.

Poco sabemos de Loarre a partir de la invasión de España por los bárbaros y las noticias que se dan de ella en los cronistas franceses o árabes son muy inconcretas y los nombres de Bahlul y del conde Auréolo no parece que sean ciertos, sino que el primero debió residir en Alquézar y al conde debemos situarlo más bien en los condados de Pallars o de Urgel, que realmente fueron de

dominio franco, mientras que las tierras aragonesas actuales, a excepción de Ribagorza, nunca estuvieron bajo su dependencia aunque Osca y Zaragoza se declararon vasallas de Carlomagno, pues lo hicieron estando bajo el yugo musulmán.

II

*Loarre, durante la Edad Media hasta
Martín el Humano*

Las primeras noticias ciertas que de Loarre tenemos en la Edad Media datan de la época de Sancho Garcés III el Mayor, quien lo poseyó y en su testamento aplicado a su muerte, en el año 1035, dejaba a su hijo Ramiro, el primer monarca independiente de Aragón, las tierras comprendidas entre Vadoluengo y Matidero, exceptuando a Loarre y San Emeterio, hoy Samitier, que donaba a su otro hijo Gonzalo, si bien al morir éste, el año 1038, pasaron a poder de Ramiro. Durante el reinado de este monarca, en diversos documentos se cita como «senior de Luar o de Logar» a Fortunio Aznárez, y aun cuando en el año 1054 figura López-Garcés, al año siguiente vuelve a sonar de nuevo Fortunio Aznárez. En 1066, Sancho Gimaranis dona a San Juan de La Peña bienes suyos, entre ellos *illa media de mea kasa in*

Levarre qui fuit de pater meus. Ibarra, que fue quien publicó el documento, identifica a Levarre con el actual Loarre, con acierto, pues, aun ahora, muchos de aquella comarca llaman a Loarre Lobarre. Lope Garcés aparece como *senior in Luar et in sancti Miteri* sin interrupción al menos hasta el año 1062; sin embargo, parece ser que los musulmanes debieron de ocupar, siquiera por poco tiempo, la población de Loarre, pues de los años 1066 al 1071 no se halla en ningún documento senior en Loarre y el padre Ramón de Huesca afirma que Sancho Ramírez ganó a los moros Loarre antes del año 1070. No podemos decir, pues, con seguridad, que fuera Loarre musulmán, ni por tanto que hubiera liberación por parte cristiana; lo que sí sabemos es que el 18 de octubre de 1071 el papa Alejandro II recibió, a instancias del rey, desde Roma, la comunidad de canónigos seculares de San Agustín, que había sido recientemente instaurada en el castillo de Sancho Ramírez, con su preósito Simeón, bajo la tutelá de la silla apostólica, imponiéndoles la obligación de contribuir con una onza de oro a la Santa Sede. Diversas veces debió de estar este monarca en el castillo de Loarre, pero nos consta fidedignamente que estaba en los años 1089 y en agosto de 1088, así como en marzo de 1090 lo estaba con su pri-

mogénito Pedro. Quizá la última vez que estuvo en su fortaleza fuera en 1094, hacia abril, en compañía de Frotardo, Aymerico y Raimundo, abades de Tomeras, San Juan de la Peña y Leyre, respectivamente. También sabemos que el hijo y sucesor de Sancho Ramírez, Pedro I, estuvo en el castillo no sólo en compañía de su padre, sino ya siendo



Loarre.—Iglesia de San Esteban y torre gótica

rey, pues según se dice en un documento de San Juan de la Peña, estaba en marzo de 1098. No sabemos que estuviera en este lugar Alfonso el Batallador, pero nos consta que Ramiro II estuvo en el año 1134, así como sabemos que Alfonso II estaba en marzo de 1175.

En una bula del papa Clemente III, de 18 de julio de 1188, dice que tomó bajo la protección apostólica Montearagón y dice que entre otras iglesias le pertenecían *Onnes ecclesias de Loarre cum decimis, primitiis, et omnibus aliis ad easdem pertinentibus*. Estas iglesias debieron ser, además de la de San Pedro del Castillo, la que los vecinos que se establecían paulatinamente en la falda del monte habían erigido en honor de san Esteban. Pedro II, para atender a sus numerosos gastos de guerra, hubo de hipotecar los lugares de Bolea y Loarre a don Pedro Ahonés, según nos dice Jaime I en su *Crónica*: «Don Pedro Ahonés tenía en prenda Bolea y Loarre que nuestro padre le había empeñado; y había tenido tanto las prendas que bien se debía de tener por pagado». El historiador Zurita dice de este Ahonés que «sin ser de linaje de ricos-hombres, era de los más poderosos del reino, y tenía la villa de Bolea, todo Sobrarbe, que el rey

don Pedro le había empeñado; y estaba apoderado no sólo de las fuerzas y castillos de la montaña, pero de algunas otras». Muerto Ahonés y llevado a Daroca a enterrarlo, añade la *Crónica* de Jaime I, «fuimos allá (a Bolea y a Loarre) y encontramos



El castillo de Loarre visto desde el lado de la Sierra

dentro que se habían puesto el infante don Fernando y don Pedro Cornel y estaban con ellos de 19 a 20 caballeros; y veníamos creyendo que no encontraríamos ninguno y que entraríamos, que los hombres eran nuestros y los de la villa tenían fe en ellos, estaban contra nosotros y nos hacían el mal que podían, como si no fuésemos

su señor. Vimos que el castillo estaba guarnecido de caballeros y de hombres a pie que tenían que comer de lo que había en la villa, para un año, y fue nuestro acuerdo que nos moviésemos y partiéramos de aquí». Al marcharse de Bolea y Loarre se sublevaron contra don Jaime muchas ciudades al lado de don Fernando y de don Pedro Cornel, es decir, los que habían sido partidarios de Pedro de Ahonés.

En 1263 tienen la tenencia del castillo el comendador y monjes de San Juan de Jerusalén, tenencia que debió ser concedida por don Jaime.

En tiempos de Pedro III todavía tenían la tenencia del castillo los de la Orden de San Juan. Durante las revueltas de la Unión fueron saqueados muchos lugares por uno y por otro bando, entre otros Zaragoza, por los partidarios del monarca, y Loarre, por la gente de don Pedro de Ayerbe, a mediados del año 1287.

Durante el reinado de Jaime II, tienen la tenencia de Loarre don Blasco Pérez de Azlor, hasta su muerte, y fallecido éste, le fue otorgada a don Pedro Fernández de Bergua, siéndole concedida al poco tiempo a la misma villa de Loarre; pero el monarca que dio mayores privilegios a los vecinos y a la villa de Loarre fue Alfonso IV, quien el año 1328 da en Zaragoza un interesante privi-

legio en el que les declara libres e inmunes de todas las cargas, a excepción de los tributos de monedaje y de cenas reales. Pedro IV confirmó este privilegio en Zaragoza el año 1336, pero a pesar de su promesa y la de Alfonso IV de que ni el castillo ni la villa serían separados jamás de la corona, para solucionar sus apuros económicos con motivo de la guerra que sostenían contra Castilla, en 1357, vendía la villa y el castillo con todos sus derechos a don Pedro Jordán de Urríes y a su esposa doña Toda Martínez de Riglos, si bien la venta lo fue con pacto de retroversión, es decir, que siempre que el rey devolviera a dichos señores o a sus descendientes la suma percibida le serían entregados dichos dominios.

La villa y el castillo continuaron muchos años en poder del de Urríes y de sus descendientes y como el rey no andaba sobrado de recursos pactó con los vecinos de Loarre que ellos redimieran dichas pertenencias y la villa para devolverlos al dominio de la corona, mediante ciertas concesiones a los moradores y por esto les perdonaba, estando en Zaragoza, los tributos del maravedí y la cena. Redimido el castillo y la villa, pronto el monarca de Aragón Martín el Humano, desde Barcelona, volvió a venderlos a su consejero y baile general de Aragón Ramón de Mur, también con

pacto de retroventa. No sabemos si la retroventa fue llevada a cabo, lo cierto es que unos años más tarde se apoderaba del castillo de Loarre el bullicioso don Antonio de Luna.



El castillo de Loarre visto desde el lugar del emplazamiento de Calagurris Fibularia]

III

Loarre, durante el reinado de Martín el Humano

Como hemos podido ver, durante la Edad Media, rara vez suena nuestro castillo, pero a finales del siglo xiv y sobre todo en la primera mitad del siglo xv, Loarre juega un papel principalísimo en la historia de Aragón.

Corría la última decena del siglo xiv cuando, por muerte de Juan I de Aragón, el «Amador de toda gentileza», sin sucesión, fue llamado a ocupar el trono aragonés su hermano don Martín, llamado el Humano. Como Martín se hallaba a la sazón en Sicilia, hasta tanto que el nuevo monarca llegase a su reino, hízose cargo del gobierno su esposa doña María de Luna, miembro de la familia de los señores de Loarre. Esta singular mujer hubo de hacer frente al peligro que significaban las pretensiones al trono aragonés del conde Mateo de Foix, que estaba casado con una hija de don

Juan I y realizaba grandes preparativos para invadir Aragón, sin atender los consejos de Benedicto XIII.

Los soldados del de Foix, entraron por las tierras del vizcondado de Castellbó, talaron la cuenca del Segre y llegaron a poner sitio a Barbastro; pero la animosa y varonil doña María, no se arredró ante el peligro y ayudada por sus súbditos, obligó a los franceses a retirarse hacia el Bearne. Aun tuvo medios bastantes la reina para mandar refuerzos a su esposo a Sicilia, con lo que éste logró someter la isla que quedó encomendada al gobierno de su hijo Martín, que murió antes que su padre.

Don Martín era, según afirma Giménez Soler, un santo varón, nacido para el claustro o para caballero rico, a quien las preocupaciones mayores se las proporcionó su familia, ya que nada le atraía fuera de ésta y su encanto era la lectura de obras piadosas.

Muerta doña María de Luna, el rey vio amargados sus días con una nueva desgracia: la muerte del único hijo que le diera la de Luna, el infante Martín de Sicilia. Ante el rey y sus vasallos surgía el pavoroso fantasma de la falta de sucesión al trono, con la terrible secuela de guerras y calami-

dades que estos sucesos solían acarrear a los reinos que los padecían.

Para tratar de evitar estos males, el rey, animado por sus cortesanos, contrajo nuevas nupcias con la hija del condestable don Pedro, doña Margarita de Prades, que era una doncella muy joven, bella y agradable, de trato dulce, muy virtuosa y desprovista de ambiciones, a tal extremo que ni siquiera quiso inclinar el ánimo de su real esposo, al comprobar que no le proporcionaba el heredero que precisaba Aragón y deseaba don Martín, hacia su deudo el duque de Gandía, uno de los pretendientes al trono.

Don Martín, a la muerte de su hijo, trató de ganar sus reinos en favor de su nieto don Fadrique, pero dos grandes inconvenientes se oponían a su aceptación por parte de los aragoneses. En primer lugar el temor a una regencia en momentos tan críticos y de tantas pasiones desatadas por las ambiciones de los numerosos pretendientes y sobre todo por la repugnancia de los nobles de los tres estados de la Corona de Aragón a aceptar por rey un bastardo y adulterino como el joven infante, que si bien fue legitimado por Benedicto XIII sólo surtió efectos la legitimación en cuanto a la herencia privada de su abuela paterna doña María de Luna, pero no a la real de su abuelo

don Martín. Caso idéntico a éste es el de la esposa del conde de Urgel, doña Isabel, a la que, a pesar de ser la pariente más próxima de don Martín el Humano, ya que, como él, era hija de don Pedro IV, no se le reconocieron derechos por ser hija de doña Sibila de Fortiá, cuando todavía vivía la legítima esposa de don Pedro, a la que no le sirvió el posterior matrimonio de sus padres y su legitimación para borrar su origen adulterino y su bastardía.

El reino, aparentemente, se hallaba en calma, pero en el fondo era como un volcán donde se amasaba un fuego que amenazaba con anegar a todos los estados que lo componían. El asunto de la sucesión apasionaba al pueblo y encendía rivalidades entre la nobleza, que, sacando al descubierto sus ambiciones, laboraba en la sombra en pro de uno o de otro de los pretendientes. Zaragoza era teatro de frecuentes contiendas entre dos nobilísimas familias, los Urreas y los Lunas. Estos dos bandos complicaron en sus intrigas a otras familias de Cataluña y de Valencia. En Valencia surgen diferencias entre los Centelles y los Vilareguts. En Zaragoza saltan a la liza dos nuevos bandos, los Lanuza y los Cerdán. La nobilísima familia de los Fernández de Heredia, rompía lanzas a favor de los Urreas y el turbulento y prestigioso don

Antón de Luna, señor de Loarre, combatía contra todos en defensa de los derechos del conde de Urgel.

Ardía, como vemos, bajo la aparente calma de Aragón, el fuego de la rebelión. Todos los bandos se aprestaban amontonando armas, tropas y dineros para estar prevenidos en el momento en que sobreviniera la muerte del rey, determinando el estallido, no ya de una guerra civil, sino de lo que sería peor, de una horrorosa anarquía, fruto de la encarnizada contienda que habría de librarse entre los numerosos bandos rivales.

Corría el año 1410, cuando habiendo reunido Cortes en Barcelona, sintióse el monarca enfermo y se hizo conducir al monasterio de Valdoncella. Aquí recibió en su cámara a su hermana Isabel, esposa del conde de Urgel, y a la madre de éste, doña Margarita de Montferrato, que había decidido plantear la cuestión sucesoria al monarca antes de que fuera demasiado tarde. La condesa, atrevida, después de contestar a las preguntas del rey, que se interesó por don Antón de Luna y por el conde de Urgel, preguntó al monarca, ya agonizante, si había olvidado dejar como sucesor suyo en sus reinos a su hijo Jaime, conde de Urgel, en su calidad de esposo de su hermana la infanta Isabel, y como descendiente en línea directa del

rey Alfonso IV. Zurita nos dice que don Martín contestó: «No lo creo así», y que ya no volvió a hablar más.

También había recibido el Humano en su lecho mortuorio al arzobispo de Zaragoza don García Fernández de Heredia, con la representación del Parlamento, sin que recibiera contestación alguna concreta en la cuestión sucesoria.

Además de don Fadrique y el de Urgel, pretendían la corona: el duque de Gandía don Alfonso, primo segundo del rey muerto y nieto por línea paterna de Jaime II, por ser hijo del infante don Pedro, conde de Ribagorza y hermano de Alfonso IV; el duque de Calabria, nieto de Juan I, fue hijo de Luis de Anjou, rey de Nápoles, y de Violante, hija de Juan, y por fin, Fernando de Antequera, sobrino de Martín, por ser hijo de su hermana Leonor.

Fácil es comprender lo ardua que se planteaba y lo difícil que parecía hallar una solución pacífica cuando en aquel triste año 1410 moría sin sucesión don Martín. Muerto éste, hállanse los estados de la Corona sin un rey que los mantuviera en paz y en justicia, por carecer de sucesor cierto, y por esta razón, según ellos, en situación aflictiva.

Afortunadamente, según Giménez Soler, no había en la sociedad aquella ninguna clase prepon-

derante; el gobierno era más que monárquico social, y la sociedad se regía por costumbres y no por leyes; bien grande en aquellas circunstancias, porque directores y pueblo se hallaron libres de trabas legales y sin más obligación que la engendrada por la moral.

El Parlamento catalán, que había sido reunido por el gobernador del Principado y el papa Luna, abogaron por la reunión de los de Aragón y Valencia para buscar una solución adecuada e incruenta a la espinosa cuestión.

Tras numerosas dilaciones, en el mes de febrero de 1411 se reunía el de Aragón en Calatayud, comenzando a examinar los pretendidos derechos de cada uno de los pretendientes, en medio de grandísimas dificultades nacidas de las pasiones de los representantes de los bandos en pugna, que llevaron la nota pasional a lo que debía de haber sido una discusión serena y ecuánime. No es de extrañar, pues, que a pesar de los buenos deseos de las ciudades y villas, manifestados en la carta que los congregados dirigieron el 3 de febrero al Parlamento de Barcelona anunciando la reunión del de Calatayud, al que asistirían «por reverencia al Padre Santo y en honor del Principado», tuviera que limitarse a prometer que examinados los derechos de cada uno fallarían con justicia y

darían la corona al que mayor legitimidad tuviera, disolviéndose la asamblea sin conseguir una decisión concreta, dividido Aragón en dos bandos irreconciliables.

La situación se agravó más por un trágico acontecimiento. Don Antón de Luna, el caudillo indiscutible de los partidarios del conde de Urgel en Aragón, se retiró enfurecido a su castillo de la Almunia de Doña Godina, desde donde arteramente invitó al arzobispo de Zaragoza, partidario del de Antequera y de los que más fuerza movía contra su patrocinado, a entrevistarse con él para hallar una solución viable.

El prelado acudió al lugar de la cita, en el camino de Zaragoza, completamente desarmado y acompañado sólo por algunos caballeros y familiares, mientras el de Luna se presentó cerca de Alpartir, llevando consigo veinte hombres armados, teniendo emboscadas en las cercanías doscientas lanzas.

Tras saludarse cortésmente, don Antón preguntó al arzobispo si creía podría ser rey de Aragón el conde de Urgel. El prelado le contestó que Jaime de Urgel no sería rey mientras él viviese.

Furioso Antón de Luna, replicó violentamente: «Pues será rey el conde y muerto o preso el

arzobispo». Al tratar de huir éste, le dijo: «Muerto, bien puede ser, pero preso, no».

No fue tan de prisa don García, que no le alcanzara el de Luna con una bofetada primero y luego con una cuchillada en el cuello. Acudieron los guerreros que le acompañaban, derribando al arzobispo y rematándole con sus espadas, así como a dos caballeros de la familia de los «Sicilianos». Este asesinato ocurrió el 1 de julio de 1411, haciéndose más hondo el abismo que separaba a los dos bandos. Desde este suceso, don Antón de Luna y la causa del conde de Urgel estaban perdidos, puesto que los Heredia y los Urrea se entregaron completamente en brazos del infante Fernando de Antequera. Es verdad que Antón de Luna pretendió sincerarse ante las Cortes catalanas en carta que les dirigió el 12 de julio diciendo que el arzobispo, «hombre de mala y deshonesto vida, según a Dios y a todo el mundo es harto y claro notorio», había disuelto el Parlamento de Calatayud.

En el Parlamento de Tortosa, Martín Cortés presentó una carta del vicario general de Zaragoza, el 24 de octubre, llamando a Antón de Luna y a sus secuaces «violadores de la libertad e inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas, injuriadores, invasores, perseguidores, matadores

y sacrílegos». Hasta este momento, Benedicto XIII no se había inclinado manifiestamente hacia ninguno de los bandos, pero con este suceso comenzó a determinarse en favor del Infante, no vacilando en ponerse en frente de sus parientes los Luna, autores de la muerte de su amigo don García.

IV

*Elección de Fernando de Antequera y rebelión
de don Antonio de Luna*

MIENTRAS esto ocurría en Aragón, el Parlamento de Valencia no pudo reunirse normalmente, puesto que se dividió en varios: uno que celebraba las sesiones en Vinaroz, otro que las tenía en Morella y un tercero en Alcira. El catalán, entretanto, se trasladaba a Tortosa, y el aragonés, disuelto el de Calatayud, era convocado en Alcañiz.

Con el asesinato del arzobispo de Zaragoza la confusión entre los partidarios de Jaime de Aragón, conde de Urgel, y de Fernando de Trastámara, infante de Antequera, aumentó en grado sumo. Por una parte, el de Urgel estaba dispuesto no sólo a defender a su valedor el señor del castillo de Loarre, Antón de Luna, sino a buscar solución al pleito dinástico apelando a las armas, a cuyo efecto aumentó la recluta de guerreros en

Cascaña. Por su parte, el infante de Antequera estaba situado en la frontera de Aragón con mil quinientas lanzas y más tarde entró en Aragón, de lo que protestó el Parlamento de Tortosa, compuesto en su mayoría por partidarios de Jaime de Urgel. En Valencia no era más agradable el panorama, pues los Vilareguts, partidarios del conde, estaban en guerra declarada con los Centelles, que lo eran del infante y que a principios de 1412 obtenían una rotunda victoria sobre los Vilareguts en Murviedro.

En vista del cariz que presentaban las cosas, Benedicto XIII, que estaba realmente al margen de las rivalidades, de los más combativos de los pretendientes, puesto que conocía la preferencia de su gran amigo el rey Martín por su nieto don Fadrique de Sicilia, quiso casarlo con una de las hijas de don Fernando de Antequera, según éste propuso. Benedicto empezó a trabajar para imponerse a los dos bandos principales. Recorrió incansablemente los lugares en que estaban reunidos los distintos parlamentos esforzándose para que la concordia fuera un hecho. Estuvo en Alcañiz, Caspe, Tortosa, Benifosá, San Mateo, Peñíscola, Valencia y Zaragoza, a la par que sus colaboradores llevaban de un lado a otro sus órdenes y consejos. La fórmula de Benedicto era la única

posible en aquellas circunstancias: que se declarase la sucesión por el nombramiento de unos pocos compromisarios que resolvieran en justicia.

Por bula de 10 de febrero de 1412, decía que «su sanción bastaría para legitimar la elección de cualquier modo que se verificase». El vicario de Cristo sancionaría la decisión que tomasen los jueces designados por su ciencia, prudencia y conciencia. El 16 de Febrero de 1412 se llegaba a la concordia de Alcañiz, por la que los delegados de los parlamentos aragonés, catalán y valenciano decidieron poner el pleito en manos de nueve jueces que debían reunirse en Caspe, villa que ponían bajo el amparo y protección del Papa.

Tras laboriosas gestiones y gracias a la intervención del Papa, fueron designados los nueve compromisarios, de quienes hacen grandes elogios todos los historiadores y cronistas, tanto los de la corte del de Antequera como los de la casa de Urgel. Fueron éstos:

Pedro Çagarriga, arzobispo de Tarragona, consejero del rey Martín y amigo del papa Luna, hombre inflexible y severo que a pesar de no votar a don Fernando fue amado por éste y nombrado su canciller.

Guillén de Vallseca, sabio y honesto jurista que presidía el Parlamento catalán de 1411.

Bernardo de Gualbes, erudito reputado en Cataluña, tan prudente como justo.

Domingo Ram, obispo de Huesca, uno de los mejores juristas de su tiempo, nombrado cardenal por Martín V una vez terminado el cisma.

Berenguer de Bardají, cuñado del anterior, a quien Abarca llama «el antiquísimo caballero de las montañas», eruditísimo en derecho civil y en las antiguas leyes aragonesas.

Francisco de Aranda, el sagaz colaborador del papa Luna, su nuncio cerca de la corte del rey de Aragón.

Bonifacio Ferrer, célebre más todavía que por su ciencia, a pesar de ser mucha, por su conciencia rectísima, por su prudencia y por su gravedad.

Vicente Ferrer, el alma de la corte de Benedicto XIII, prodigio de su época, conocido por sus contemporáneos como el «gran cosechador de mies sagrada».

Giner Rabasa, consejero del rey Pedro IV, ya octogenario y apoplético.

Cuando fueron conocidos los nombres de los compromisarios, en todos los pueblos de los tres reinos fueron echadas las campanas a vuelo, puesto que la esperanza de paz colmaba de alegría el corazón de los valencianos, catalanes y aragone-

ses. Inmediatamente cesaron o al menos se sosegaron todas las turbulencias. El fallo que dieran en Caspe, daría la paz a los reinos de Aragón.

En el castillo de la antigua villa, perteneciente a la Orden de San Juan, se alojaban los nueve compromisarios a finales de marzo de 1412. Aun cuando la llamada concordia de Alcañiz señalaba el plazo de dos meses para que fuera dado el fallo, algunos retrasos y entorpecimientos aconsejaron prorrogar el plazo en dos meses más.

El 17 de abril empezaron las conversaciones y tras largas deliberaciones y retrasos y después de ser sustituido Giner Rabasa, por inutilidad, ya que estaba gravemente enfermo y sin luces en su mente para resolver tan delicada cuestión, por el jurista Pedro Beltrán y habiendo sido escuchados los procuradores del duque de Gandía, del infante don Fernando, del conde de Urgel y de don Fadrique de Sicilia, cuando los abogados de todos los pretendientes no supieron ya qué decir, se procedió a la votación. Esto ocurría el día 25 de junio. No se sabe lo que ocurrió entre los compromisarios; el mayor misterio rodea las incidencias de este trámite. Desde luego, es creencia que no había unanimidad, pero ninguno de los bandos tuvo noticias ni sospechas de las divergencias, ya que, si hubiera habido alguna indiscreción, la

guerra seguramente se hubiera renovado entre los dos partidos principales.

Cuenta el historiador valenciano Martín de Viciana, que al suscitarse una acalorada discusión entre los compromisarios, cuando parecía que el egoísmo de algunos estados podían hacer fracasar la elección, san Vicente Ferrer intervino con su fogosa elocuencia excitando a todos en favor del infante de Antequera, ya que la justicia le daba el derecho y «no otra cosa se hará, porque de lo alto procede y no de la tierra».

Vencidos los recelos de algunos y para lograr la decisión fue el primero en votar. Tras orar largo rato suscribió su voto como sigue: «Yo fray Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, Maestro en Sagrada Teología, uno de los jueces designados por los parlamentos, afirmo, según mi saber y poder, que los parlamentos mencionados, los sujetos y los vasallos de la Corona de Aragón deben fidelidad al ilustrísimo señor don Fernando, infante de Castilla, sobrino de don Pedro, rey de Aragón, de gloriosa memoria, el cual fue padre del muy alto rey don Martín, últimamente fallecido, como el más próximo pariente de legítimo matrimonio y declaro que todos, por deber estricto deben mirarle como verdadero rey y señor, en justicia, según Dios y mi conciencia».

Emitieron voto según el del maestro Vicente, el obispo de Huesca Domingo Ram, Bonifacio Ferrer, Bernardo de Gualbes, Berenguer de Bardají y Francisco de Aranda, por este orden, limitándose a decir cada uno: «En todo y por todo me adhiero al dictamen del maestro Vicente».

El obispo de Tarragona manifestó que Fernando de Antequera era el más idóneo para el reino, pero que el duque de Gandía y el conde de Urgel, eran los primeros en derecho. Guillermo de Vallseca dijo lo mismo pero se inclinó con preferencia por el de Urgel, si bien añadió que no había podido estudiar a fondo la cuestión. Lo mismo votó y alegó Pedro Beltrán.

Quedaba por tanto elegido rey de Aragón Fernando de Trastámara, infante de Antequera, ya que su elección reunía las condiciones exigidas: la mayoría absoluta de jueces y de ellos por lo menos uno de cada estado, puesto que había sido votado por tres compromisarios de Aragón, dos de Valencia y un catalán. Con este escrutinio se reflejaban las simpatías que tenía en cada uno de los estados.

El 28 de junio, abiertas las puertas del castillo y con gran ceremonial, celebró la misa ante el pueblo el obispo de Huesca, y san Vicente Ferrer pronunció uno de los sermones más hermosos de

su vida aludiendo a la obra del Padre Santo que con su esfuerzo devolvía la paz de Aragón, dando al reino un digno sucesor del rey Martín.

De la sentencia se hicieron tres copias, una para cada Parlamento y los jueces la comunicaron a cada uno de los pretendientes y al papa Benedicto.

Don Fernando, que estaba en Cuenca, se acercó a la frontera para recibir a los embajadores que le traían la noticia de su nombramiento, distinguiendo sobremanera a Francisco Climent como homenaje al papa Luna, y aun cuando los embajadores catalanes no quisieron salir de la tierra aragonesa para saludarle, para todos tuvo palabras de paz.

El 5 de agosto hizo don Fernando su entrada en Zaragoza, acompañado de sus hijos, el primogénito y sucesor Alfonso y los llamados en Castilla infantes de Aragón, Juan, Enrique, Sancho y Pedro. Su primer acto fue rendir homenaje a Benedicto. El segundo, ofrecer el perdón a sus rivales. Hasta el conde de Urgel estuvo a punto de aceptarlo, pero su madre, mujer ambiciosa y violenta, lo impidió diciéndole: «Hijo: o rey, o nada». Jaime de Urgel, el desdichado, siguió los consejos de su madre para sufrir el rigor de la justicia del rey.

V

*Loarre y su castillo durante la sublevación
del conde de Urgel*

Don Fernando convocó Cortes en la capital de Aragón el día 5 de agosto y ante ellas, con el ritual de costumbre, juró guardar las libertades y fueros de los aragoneses. En las mismas Cortes fue reconocido como sucesor su hijo primogénito don Alfonso, el día 25 de agosto de 1412.

Todos los varones y ricos-hombres aragoneses juraron fidelidad a don Fernando a excepción de don Antón de Luna, que solamente con el destonamiento de la familia Trastámara, recién encumbrada al solio aragonés, podía esperar que se olvidara el asesinato del arzobispo de Zaragoza. Es de notar que entre los asistentes figuraba uno de los pretendientes, el duque de Gandía, ya que era conde de Ribagorza y besó la mano del nuevo monarca reconociéndole como señor, así como estuvo presente la condesa Margarita, madre del

de Urgel, representada por su procurador, ya que era señora de algunas baronías aragonesas. Por ser menor de edad no pudo asistir don Fadrique de Sicilia conde de Luna.

Don Jaime de Urgel no acudió, pretextando hallarse enfermo, a pesar de las excitaciones que para lograrlo realizó el parlamento catalán. Don Fernando, dándose cuenta de que el conde de Urgel y su paladín Antón de Luna hacían preparativos para la guerra, determinó adelantarse llevándola a sus propios estados, para lo que, al frente de dos mil caballeros castellanos se dirigió a Urgel. A fin de evitar la invasión de sus territorios, el conde mandó sus procuradores al encuentro del rey para ofrecerle obediencia y exponerle sus pretensiones. Don Fernando los recibió en Lérida, siguiendo las conversaciones iniciadas en Barcelona, donde se habían unido las Cortes del Principado. El monarca prometió al de Urgel el ducado de Montblanc amén de importantes cantidades y pensiones, además de acceder a la boda de su hijo el infante don Enrique con la hija del conde, por lo que Zurita dice en sus Anales que «llegó a hacer al conde tanta merced, cuanta si tuviera seso, pudiera desear». Su madre insistió en su punto de vista de «Rex o res». Añadiendo que debía de perder todo, hasta la vida,

en la demanda. A su madre se unía don Antonio de Luna, que andaba por tierras de Burdeos en tratos con el hijo segundo de Enrique IV de Inglaterra y que con tropas reclutadas entre ingleses,



El castillo visto desde el lado de Poniente y detalle de la fortaleza y del lugar de su emplazamiento (Foto autor)

gascones y navarros inició la lucha, sin aguardar el resultado de las conversaciones, con ventaja, que fue pronto cortada por la llegada de las tropas castellanas que, unidas a otras de Aragón, les cortaron el paso en Alcolea de Cinca, el 10 de julio de 1413, a los mercenarios que iban a unirse con los soldados del de Urgel. Don Jaime, enton-

ces, tomó la decisión más peligrosa, descabellada y menos gallarda que podía adoptar: encerrarse con toda su gente en la ciudad de Balaguer, para esperar allí el socorro de don Antón de Luna, que tampoco se atrevió a salir de su fortaleza de Loarre.

La guerra se redujo, pues, pronto, a dos principales fortalezas, en las que resistieron el conde y el de Luna, Balaguer y el castillo de Loarre, respectivamente. Don Fernando en persona puso sitio a la ciudad de Balaguer a la que apretó fuertemente, no sólo estrechando su asedio duramente, sino, lo que fue más eficaz, sembrando el desconcierto entre los partidarios del de Urgel con promesas de perdón y reconocimiento de mercedes, lo que provocó numerosas deserciones entre los sitiados, lo que forzó a don Jaime a rendirse con la única promesa de salvar la vida, el 31 de octubre de 1413, siendo encerrado en la fortaleza de Ureña.

Mientras tanto, la guerra en Aragón contra el de Trastámara era mantenida exclusivamente por don Antonio de Luna, en cuyo nombre defendía el castillo de Loarre, su hermana doña Violante de Luna, abadesa de Trasobares. Antón de Luna, seguro de que la indomable voluntad de la abadesa no sería fácilmente doblegada, ni su resis-

tente carácter se rendiría a las fuerzas que pudieran asediarse, desarrollaba una actividad prodigiosa, yendo del castillo al Bearne y de aquí a sus fortalezas seguido de sus mercenarios, gascones, ingleses o bearneses, que había reclutado para ayudar al de Urgel, consiguiendo éxitos evidentes en la lucha y así, tras de tomar y alzar en favor del conde el castillo de Trasmoz, una compañía de don Antón de Luna escaló el castillo de Montearagón.

Así alzó su pendón por el conde de Urgel el castillo de Montearagón. Hacia el 1 de julio se divulgó por Zaragoza que Antón de Luna tenía entre Montearagón y Loarre, hasta mil combatientes, y que de día en día esperaba más gente. Derrotados los ingleses por las tropas de don Pedro Ximénez de Urrea y vueltas éstas a Huesca, supieron que los de Montearagón habían enviado algunas compañías de a caballo al lugar de Apiés para robarlo. Con este motivo fue enviado Martín de Pomar, el mozo, que atacó el castillo de Apiés hasta que se rindieron. Don Antonio se libró por quedarse en Loarre, a cuya fortaleza se retiraron los ingleses que había en Montearagón, pero, para internándose en la montaña, pasar pronto el puerto.

Mientras esto ocurría y las fuerzas del de

Urrea y de Pedro Núñez de Guzmán y Pedro Alonso de Escalante con las de Martín de Pomar de Huesca, ponían sitio a Montearagón, en Barbastro fueron apresados el 8 de agosto tres espías que llevaban cartas de los que se defendían tenazmente contra las nutridas fuerzas atacantes, dirigidas a don Jaime, en las que se decía ignorar el paradero de don Antón de Luna, que no tenían más agua que la que subían del río y que si los socorros del de Luna y del conde de Urgel no les llegaban pronto, se rendirían al rey. A pesar de esto, mantenida su fe por la esperanza de rápidos auxilios, Fernando de Canales, que tenía Montearagón por Antón de Luna, resistía bravamente, por lo que don Fernando, que quería terminar cuanto antes, para dedicarse exclusivamente al asedio de Balaguer, autorizó a don Pedro de Urrea para tratar con Fernando de Canales, quien pidió un salvoconducto, para tratar con don Antón de Luna. El 11 de agosto se firmó la capitulación y el 29, recibida la cantidad ofrecida y otorgadas a los prisioneros las mismas ventajas que a los libres, ondeó en Montearagón el estandarte real.

A partir de este momento, sólo resistía en Aragón el castillo de Loarre, cuyo asedio y resistencia relataré a continuación, utilizando a tal fin, la magistral relación de don Andrés Giménez

Soler publicada en la *Revista de Aragón*, en el número de octubre del año 1900. La derrota de las tropas inglesas que iban a reunirse con el conde de Urgel—que hemos relatado anteriormente—, mató todas las esperanzas de don Antón de Luna y causó realmente su ruina; el reclutar aquellas gentes había costado mucho tiempo y muchísimo dinero y era imposible traer otro ejército; su capitán Basilio cayó en poder de los vencedores, y el mismo don Antón se libró del cautiverio por haberse quedado en Loarre. Inmediatamente marchó don Pedro de Urrea a poner sitio a la fortaleza y sólo se pensó en aniquilarlo quitando sus pendones de los dos únicos sitios en que flotaban.

Las fuerzas sitiadoras marcharon a Loarre; en mayo había sitiado esta fortaleza Juan Delgadillo, que tuvo que levantar el sitio al acercarse don Antón con los ingleses, y desde aquella fecha habían vivido sus habitantes sin más autoridad que la de don Antón y la de su hermana doña Violante, abadesa de Trasobares, que mandaba dentro del castillo. Mes y medio llevaba don Pedro delante de la enhiesta fortaleza, cuando recibió la orden de marchar al primer aviso hacia Cataluña, por cuyos Pirineos se anunció una nueva invasión, encomendándose el cerco en este

caso a Jaime Cerdán y al baile de Aragón que tenían a sus órdenes 200 peones y las Juntas de Huesca, Jaca y Ejea. No se confirmaron los rumores de la entrada de extranjeros, y libre el país de enemigos y fija la atención en dos puntos, en Balaguer y en Loarre, fue posible echar contra ellos todas las fuerzas. El mismo rey trazó la disposición del sitio y destacó de sus fuerzas 300 hombres para enviarlos a don Pedro, mas todo se estrelló ante la terquedad de la abadesa, que hasta el mes de octubre no consintió escuchar los tratos que le proponía el enemigo de su familia. Entonces pidió que a Sancho Pérez de Ayerbe se le diera salvaconducto para ir a don Antón a consultarle; que a ella se le devolvieran los bienes de su abadía y esta gracia se extendiera a todos los sitiados; que se otorgare perdón general y que se les diera recursos para volver a sus casas. El rey se allanó a todo menos a esto último, porque sobre no andar él muy sobrado de recursos, no le espantaba ya el peligro de su corona; pero tampoco don Antón consintió en rendir su asilo, y el 20 de octubre continuaba defendiéndose, si bien se llevaban negociaciones entre don Pedro de Urrea y Antonio Vicens, representante del Papa, de una parte, y doña Violante de otra. Pero las cosas no iban tan de prisa como el rey esperaba; exasperado por

tan obstinada resistencia en un asunto cuyo fin era conocido, reforzó sus gentes y se dispuso a combatir en Loarre con tal furia, que algunos «no haurán tiempo de penedirse».

Don Antón trató de sacar a su hermana pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Pero esta señora no se apuraba, a las propuestas de don Pedro, no obstante que delante del castillo, por ella defendido, estaban las bombardas que antes habían estado delante de Balaguer, presentó una contestación que el rey, a pesar de su espíritu de concordia, rechazó por considerarlas «adversantes a razón e justicia»; y qué tal sería cuando ya se le prometían: no condenarla a muerte ni a destierro ni a tormento alguno; darle habitación en un castillo con tres o cuatro dueñas que la sirvieran; impetrar del Papa gracias para ella; permitirle sacar de Loarre todos sus bienes menos sus libros y ornamentos de iglesia y lo que se llevó de Montearagón, y finalmente conceder a todos sus compañeros de sitio amnistía general, excluyendo a don Antón que estaba en Francia, a Pedro de Embún, el señor de Gordún, a Cristóbal de Val y a Pedro de Lanuza.

El 1 de noviembre caía Balaguer y se entregaba don Jaime de Aragón con toda su familia, y Loarre seguía defendiéndose, rechazando cuantas

proposiciones se les hacía o presentando ellos otras imposibles de aceptar. Sin esperanzas de socorro, cercados por completo por ejércitos formidables, cautivo aquel mismo a quien defendían, se negaron a pactar con el sitiador, que les ofrecía vida, hacienda y libertad, después de salvar el honor, y continuaron una lucha loca por un ideal y una persona moralmente muertos. Enojóse el rey de tanta terquedad y decidió no entrar en tratos con aquellos hombres. Al fin, allá a fines de 1413, debieron de entregarse, sin condiciones lo más probablemente.

Sólo doña Violante perdió la libertad; a los demás se les restituyó con los bienes; la hermana de don Antón quedó en Loarre bajo la custodia de don Pedro de Urrea; mas poderosas influencias intercedieron muy pronto por ella, no siendo la menor la del papa Luna, su pariente, entonces reconocido aún como pontífice; para restituírle la libertad se le pidieron ciertas condiciones, mas se negó a todo; la visitaron, de parte del rey, el obispo de Zamora, fray Diego de Zamora, confesor de aquél, y sus reflexiones fueron también ineficaces. Era mal visto, sin duda, que el odiado Urrea fuese el carcelero de un Luna tan ilustre y que el mismo Loarre fuese la cárcel de sus antiguos señores; y el soberano intentó trasladarla al

no menos fuerte castillo de Sora y confiarla a la custodia de Pardo de la Casta, merino de Zaragoza; pero don Pedro de Urrea, que consideraba a la prisionera suya y no del rey, sólo se avenía a condición de que Pardo de la Casta la tuviera por él y se la devolviera pasados veinte días; exigía, además, que Sora se le diese, y como esto no resolvía la cuestión, se convino que don Pedro tuviera este castillo, pero que dos cámaras del mismo, a las cuales no pudieran acercarse ni don Pedro ni sus gentes, se tuvieran en nombre del rey por el citado merino. Con estas condiciones, La Casta se hizo cargo de la abadesa y la trasladó a Sora, en donde entraba el 19 de mayo por la noche, vigilada por don Pedro de Urrea. El bueno del merino no pudo comprender un carácter tan enérgico; extrañado de ver, en una mujer, monja y abadesa, tanta fuerza de alma, tanto odio y tanta resignación con sus desgracias, viéndola tan endurecida en sus opiniones y tan enemiga de todo lo que no fuese lo suyo, creyó habérselas con un demonio; y al darle cuenta al rey de su viaje y de la conducta de su prisionera, dejó escapar esta reflexión: «A la fin, señor, creo que ella tiene el diablo en el cuerpo».

Don Antón de Luna, que cuando se rindió la fortaleza de Loarre, estaba en Bearne, recurrió a

su deudo el papa Benedicto XIII, quien interpuso su favor, cerca de Fernando de Antequera, a favor de la abadesa que, puesta en libertad, voló a reunirse en Francia con su hermano.

Entre el Papa, pues, y su hermano, salvaron a doña Violante. El 1 de agosto de 1414 firmo el rey un salvaconducto para que don Antón residiera en tierra de su sobrino Guillén Ramón de Moncada; y en septiembre de aquel año entró en Aragón, por Jaca, fuertemente escoltado, pasando a la vista de Loarre, testigo de sus fechorías y de sus grandezas. La abadesa se resistía a venir a España, pero al fin, entró por Jaca dos meses después que su hermano, yendo hasta Ayerbe, pasando, por tanto, frente a Loarre, escoltada por don Antonio de Bardaxí, capitán de las montañas, cuyo lugarteniente en Loarre era Sancho Pérez. Llegada a Mequinenza, su hermano la obligó a que se entregara al representante del Papa mosén Antonio Vicens.

Pasó este turbulento período en que el castillo de Loarre vio como nunca el ajeteo y movimiento de tropas que entraban y salían por las puertas de sus murallas y oyó los gritos de los arqueros y ballesteros mercenarios, que se expresaban en aragonés, catalán, francés e inglés, y que todos obedecían a la voz de una valerosa mujer altiva y

enérgica. Es la época en que las almenadas torres, especialmente la del Homenaje, estuvieron en continua vigilancia, siempre con gente, sus terrazas y patios y sus adarves en continua defensa. No es difícil imaginarse a doña Violante interrumpiendo este ajeteo para recibir a los parlamentarios del monarca aragonés, sentada con arrogante prestancia en su sitial del salón de la reina. Pero la indomable energía de aquella singular mujer no cedía nunca a las proposiciones del rey y de cada embajada salía una nueva resistencia.

Las defensas exteriores del castillo

ARAGÓN ha dado al arte español medieval un tipo especial de arquitectura: el castillo abadía de la región pirenaica. Remontando el valle del Gállego, al fondo de las altas riberas, blanquecinas como fosfatos, alcánzase el estrangulamiento de los «Mallos» de Riglos. Un paso brusco, roto de arriba a abajo por el afluente del Ebro, determina el primer contraste de la gran barrera pirenaica. Un emplazamiento, cogido al azar, sobre esta larga cresta y apenas fortificado, constituye un reducto inexpugnable. Desde uno de estos fuertes, los conquistadores de la España musulmana podían vigilar y combatir al enemigo. Pero en el caso de que el sitio estratégico hubiese de ser un rápido refugio después de las derrotas sufridas en el Sur, la gran dificultad del acceso era para ellos mismos un peligro. Fue preciso, pues, edificar verdaderos nidos artificiales de águilas

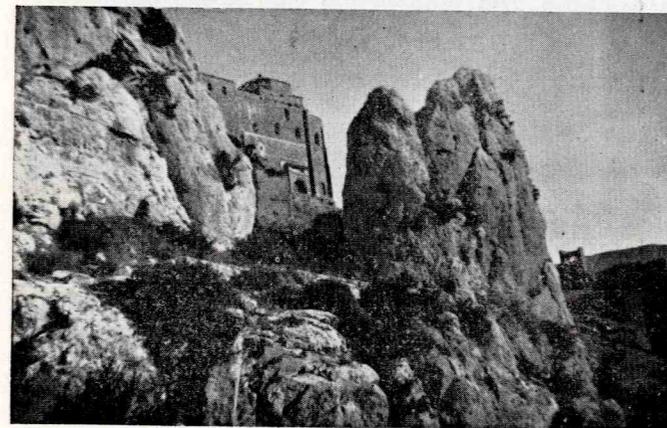
sobre las cimas, de carácter igualmente pirenaico, pero más humanas. Los reyes de Aragón eligieron las cúspides de los contrafuertes de las sierras avanzadas del gran macizo fronterizo para base de sus fortificaciones.

Cada uno de estos puestos de defensa fue adaptado a la naturaleza del terreno que les ofrecía los materiales; y como Aragón todo, participa de unidad de fuerza general, no hay ninguno de estos castillos que no haya acabado por asimilarse perfecta y pintorescamente la decoración natural. Estos rasgos distintivos de los castillos aragoneses crean en torno de ellos una atmósfera que no es, ni la de las ruinas temerarias y recogidas de las Castillas a las que dieron su nombre, ni la de los majestuosos y casi pacíficos palacios árabes de las provincias meridionales. Tanto si son una construcción resistente entre los arrumbamientos de piedras muertas, como Loarre, o un resto agonizante sobre las agujas de múltiples barrancos, como Montearagón; o la mezquita en armas, sobre la pétrea silla de una cumbre fantástica que, cual una montura maravillosa de *Las mil y una noches*, parece presta a saltar por encima de ríos y huertos, como Alquézar, o simplemente la misma estructura de la tierra, algo así como un derrubio maternal y valeroso, que tenga por nombre Mon-

zón; el castillo abadía del Alto Aragón requiere siempre la audacia del soldado, la largueza de un príncipe y la confianza de un religioso.

En el orden militar, su construcción exige la defensa de un territorio. En el religioso, prepara asiento a una iglesia insigne, servida por una comunidad.

Cuando al dejar allá en el llano, el pueblo, se emprende la ascensión al castillo, causa verdadero estupor a quien por primera vez lo contempla, la vista del formidable castillo de Loarre, sobre todo su recinto amurallado, ya que imponentes se ofre-

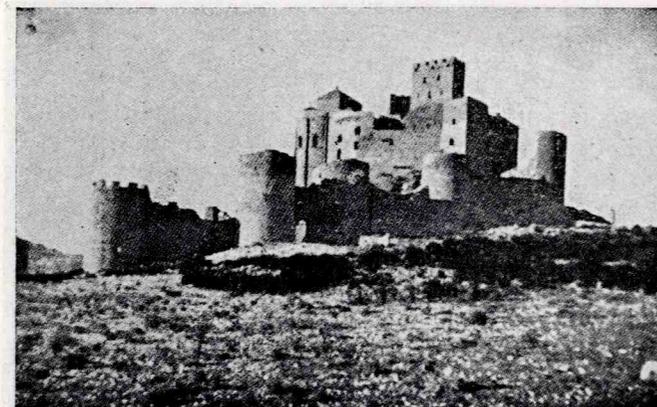


Vista de conjunto de las edificaciones principales del castillo
y la torre albarrana (Foto autor)

cen a sus ojos fuertes muros flanqueados por redondas y cuadradas torres, que forman un inmenso circuito que rodea la fortaleza en casi toda su extensión, dejando libre de muros las partes Norte y Sudeste, por hallarse defendidas admirablemente por el peñasco que les sirve de cimiento; y mayor todavía es el pasmo, si alzamos la vista, al contemplar aquellas grandiosas torres y murallas, aquellos ventanales de dobles arcos y, sobre todo, el grandioso ábside de la iglesia, por el que trepan atrevidas, graciosas columnitas y ventanales de archivoltas de dos órdenes, que apean sobre capiteles espléndidamente labrados y decorados con todos los motivos ornamentales de la escultura románica, que embellecen de modo notable este monumento sin par, al que podemos calificar, sin exageración, como el mejor edificio de carácter militar de Europa de estilo románico.

El recinto amurallado exterior que rodea el castillo, abarca un perímetro de 170 metros. Diez formidables torres semicirculares lo forman, amén de dos torres cuadradas fortísimas. Esta serie de defensas exteriores y el hecho de que sólo tuviera una puerta de acceso, la vieja «Puerta de los Reyes» y el enorme desnivel que hay entre esta puerta y el último cubo, que se une al castillo por el lado de Poniente, dificultaban, más aún que los

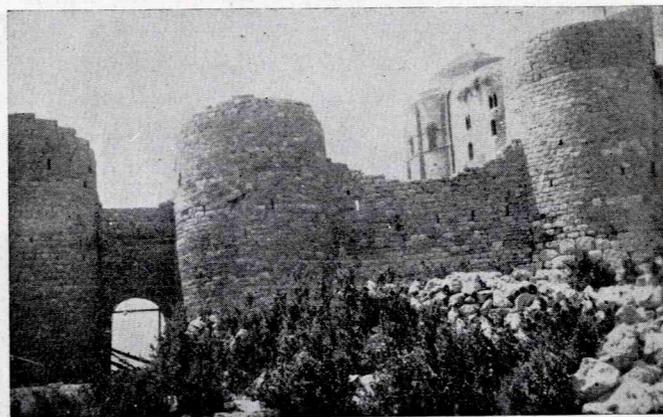
fosos y trincheras, los medios de ataque que pudieran utilizar los sitiadores. Las torres de defensa y los lienzos de muralla que las unen, están provistos de saeteras lo mismo en la parte alta que en la baja, colocadas sin orden ni síme-



Imponente aspecto que ofrece actualmente el castillo de Loarre
y vista general del mismo (Foto autor)

tría, para que los defensores pudieran observar sin peligro los movimientos de los atacantes y herir a los enemigos por medio del tiro rasante de las saeteras bajas o dominándole desde la cima del adarve y a través de las almenas. Por esto, según el estilo de la época, los torreones son huecos, ya

que así los defensores podían emplazar sus artefactos de guerra. Como vemos, las defensas exteriores de Loarre ofrecen un tipo perfecto de las fortalezas del siglo XII, que por no tener que resistir la expansión de las armas artilleras de siglos



La puerta nueva del recinto amurallado, defendida por dos formidables torreones (Fóto autor)

posteriores, cuando se emplea la pólvora, no precisaban ser macizas como ocurre después.

Sólo dan acceso a este recinto dos puertas. La de los Reyes, que se abre en la primera torre cuadrada que encontramos al llegar, y la moderna, emplazada entre dos cubos para hacerla más de-

fendible. La Puerta de los Reyes está construida con el cuidado que empleaban los arquitectos militares de la época, en las partes más débiles de las fortalezas. El arco de ingreso se abre hacia Levante y en vez de perforar la torre en línea recta para salir a Poniente, tuerce bruscamente de dirección y en ángulo recto por otro arco conduce al patio.

La Puerta Moderna tenía también los caracteres de tales ingresos. A pesar de las dificultades que ofrecían las puertas y el recinto para penetrar en la cerca, los constructores, que aún no la consideraban suficientemente defendida, colocaron, a modo de inexpugnable baluarte, una torre albarana entre la Puerta Moderna y la de los Reyes, precisamente emplazada delante de la entrada principal del castillo. Al Oeste, hay un depósito a modo de torreón que recogía las aguas de la lluvia.

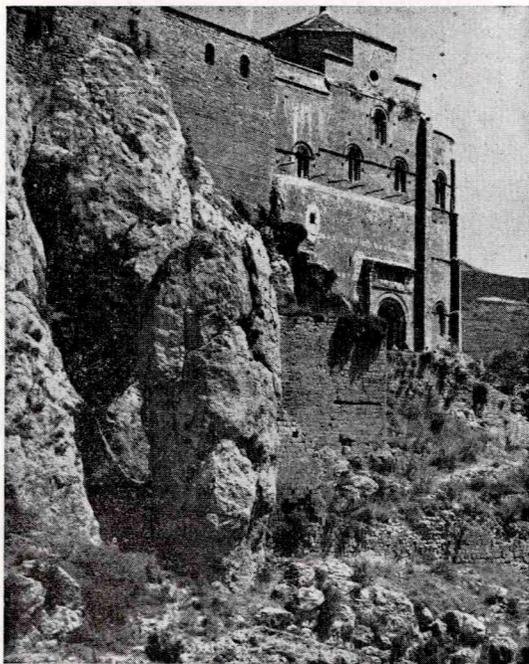
Exterior del castillo abadia

YA he dicho anteriormente, que mayor impresión, si cabe, que el recinto exterior, se produce en el visitante al transponer el arco semicircular que da acceso al primer patio y contemplar el torreado y maravilloso ábside de la iglesia, cuyos muros son de sillarejos de piedra arenisca rojiza, azuleada por el transcurso de los siglos.

En la parte baja y superior se abren dos órdenes de ventanales, cuyas graciosas archivoltas apean sobre capiteles decorados con follaje, aves o adornos geométricos complicadísimos que coronan graciosas y pequeñas columnitas.

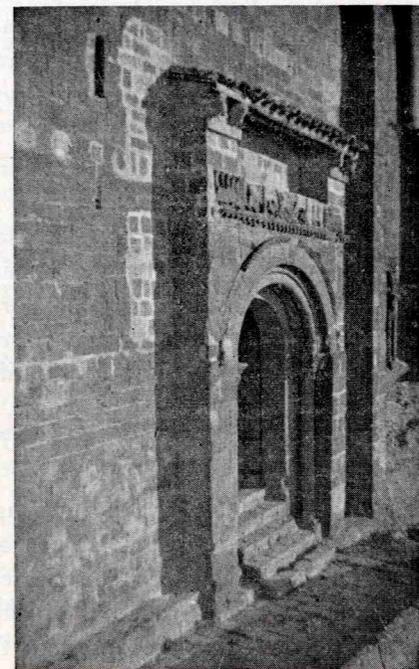
El ábside está dividido, tanto vertical como horizontalmente, por medio de fascículos de columnas que trepan gallardamente hasta los canecillos del tejeroz y por impostas ajedrezadas que las cruzan. Sobre este imponente ábside, cuyas proporciones están aumentadas por estar

emplazado sobre la enorme roca que le sirve de base, se levanta otro cuerpo más elevado, de forma octogonal, que corresponde a la cúpula de la iglesia. Este ábside mira al Oriente, siguiendo la tradición.



Abside de la iglesia del castillo y puerta principal del mismo. (Foto autor)

Notable, sobremanera, es la portada de ingreso al castillo monasterio, muy expresiva del doble destino, porque en lugar del tipo civil, tiene esta puerta de Loarre columnas recias, de jambas coronadas de capiteles con adornos de follaje y sobre



Puerta principal de acceso a las edificaciones principales del castillo (Foto autor)

el frontis un hermoso tímpano esculpido que, aunque muy mutilado, nos deja adivinar, más que ver, la imagen de Cristo bendiciendo, enmarcada en un nimbo elíptico. Rodeando los símbolos de los evangelistas, labrados con la ingenuidad y fuerza expresiva de la iconografía del arte románico, vemos a continuación grandes efigies de ángeles alados en actitud de orar, que rozan apenas con la punta de su pie la imposta en que se apoyan y, en los extremos, grupos de ángeles y santos.

• Solamente podemos apreciar la parte inferior de todas estas figuras, pues la superior quedó oculta por los materiales de una obra realizada en la última mitad del siglo pasado. La orla elíptica que rodea la imagen del Salvador conserva un resto de inscripción que, según don Isidoro Gil, que fue el que con su obra sobre este castillo dio a conocer esta maravilla por primera vez, creyó adivinar que decía: «AEDES . HAS . MUNIAS . INVICTAS . MCIII», repetida a un lado y a otro de la elipse, que traduce «Conserva inexpugnadas estas mansiones: MCIII»; lo que le hace afirmar que la verdadera fecha de fundación del castillo es la de 1065 y no las de 1070, 1092 ó 1083 que dan la mayor parte de los autores que han tratado de la fortaleza.

Ricardo del Arco argumenta que el señor Gil

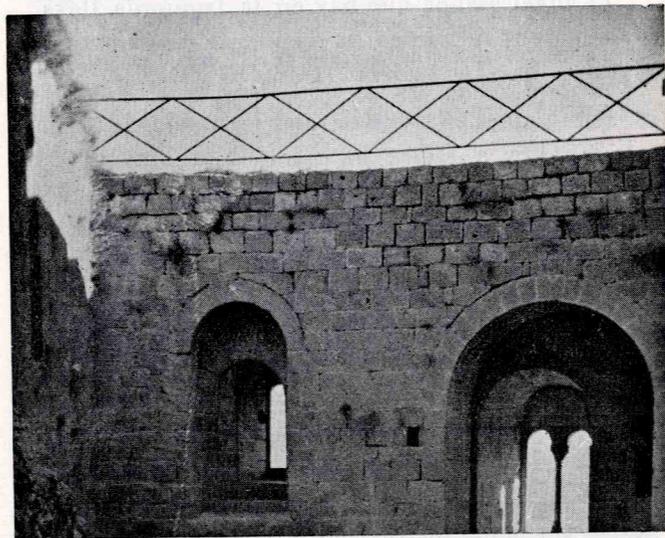
interpreta mal la leyenda, que en realidad dice con toda claridad, empezando por el lado derecho: «NIAS . INVICTAS . UBI . TI...FONS . EGO . SUM . VITA . » No existe, pues, la fecha MCIII que creyó encontrar el señor Gil.

El ángel grande que hay en la izquierda lleva grabada en su clípeo la siguiente inscripción: «GAB . RIE . LFO . RTI . TU . DO . DEI . »

Sobre una de las jambas del arco que da paso a la escalera, a la derecha entrando y a una altura fácilmente legible, hay un sillarejo que tiene grabada una inscripción que reza: «IN : DEI : NOMINE : HIC : REQUIESCIT : FAMULUS : DEI : TULGAS : QUI : OBIIT : PRIDIE : KAL : DECEMBRIS : IN : ERA : MCXXXIII : QUI : LEGERIT : ISTAS : LITERAS : ORET : PATER:», cuya traducción es: «En el nombre de Dios, aquí descansa el siervo de Dios Tulgás, que murió en 30 de noviembre de 1134. El que lea este epitafio rece el Padre...» Este epitafio, como puede verse por su lenguaje, no es clásico y por estar escrito en el latín denominado «sermo plebejus», hay que descartar toda la antigüedad que muchos han querido atribuirle.

El cuerpo saliente de la portada está terminado por cuatro canecillos, dos cabezas de toro y

dos de caballo, que se encontraron caídos cerca de la torre del vigía, y unos fragmentos de relieve de figuras de ángeles y grifos alados, entre los canetes. Este remate fue reconstruido y acertadamente no se restauró nada.



El maravilloso «Balcón de la Reina»

VIII

El interior del castillo

SIGUIENDO la escalera principal, cubierta por una bóveda sombría de medio cañón, que arranca de una imposta ajedrezada, y que sirve de adorno a los muros de la escalera, alumbrada por una luz mortecina, sobrecoge el ánimo de todos los visitantes, que hasta aquí llegan y que sea cualquiera su condición, al verse ante su austera y formidable perspectiva, no dejan de elogiarla. Al llegar al primer rellano de esta escalera de 27 peldaños, con dos a modo de aceras o andenes laterales en un plano superior al del centro, se divide en dos tramos. En el muro lateral izquierdo, se abre una puerta que da paso a un pequeño local, alumbrado por una aspillera abierta en la fachada que, a juzgar por el emplazamiento, debió de servir de cuerpo de guardia.

Enfrente de este departamento hay otra puerrecilla, sobre la cual, en un sillarejo, podemos

admirar el monograma de Jesucristo, tan corriente en los frontones románicos. Esta puerta da paso a la cripta de la iglesia, tan frecuentes, asimismo, en el románico y que por su gran desarrollo en muchas ocasiones constituyen verdaderas iglesias inferiores. La planta de esta cripta es un pequeño rectángulo a la entrada y de semicírculo, después. La cubierta es de cuarto de esfera prolongada en semicírculo que, como la bóveda de la escalera, arranca de una imposta ajedrezada que sirve de único adorno; siguen cinco arcos que sostienen columnas adosadas al muro, coronadas por hermosos capiteles, que se corresponden con las columnas y capiteles que hemos visto campear en el exterior del ábside, que encierran unos a modo de ventanales simulados. La luz pasa a través de tres estrechas aspilleras.

Junto a la puerta de entrada a la cripta se abren otras dos de arco semicircular, que dan acceso a la iglesia principal y que, por su estrechez, sólo permiten el paso de una persona. Una de estas dos puertas fue construida recientemente.

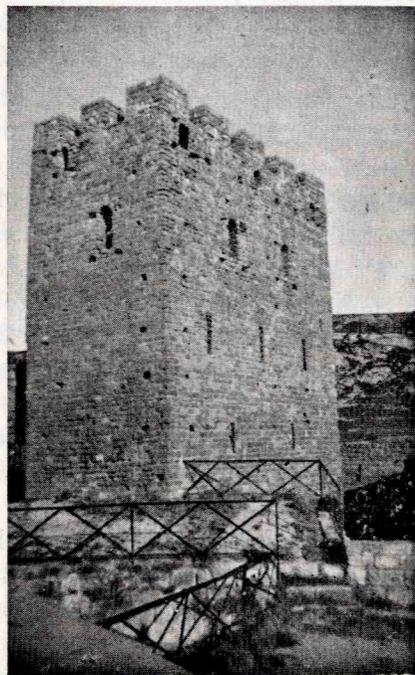
Esta cripta tiene 6,80 de fondo, 7,70 de ancho y 5,62 de altura y en ella recibieron veneración las reliquias de san Demetrio, hasta que fueron trasladadas a la iglesia del pueblo nuevo, encerradas en la arqueta en que allí se conservan.

Esta arqueta es de gran tamaño y muy hermosa y tiene forma de túmulo, con cubierta a cuatro vertientes, recubierta de placa de cobre adornada con figuras de santos y de otros tipos de adornos hechos a punzón, y con grandes cabujones. Aun cuando algunos la hacen del siglo XII y aun anterior, a juzgar por su traza opinamos que esta arqueta es del siglo XIII bien avanzado.

Subiendo por el tramo de escaleras de la derecha de la principal, a través de rampas empinadas, y tras atravesar una galería tortuosa, que sube también en rampa y termina en dos arcos de medio punto, y ascender varios peldaños, llegamos a un espacioso patio rodeado de murallas y torres defensivas. En medio de todas estas obras defensivas, se alza majestuosa la Torre del Homenaje, imponente en su soberbia grandeza, que aparece coronada de almenas. Está situada tan acertadamente que desde su adarve se domina toda la fortaleza y su recinto exterior, así como los patios y dependencias interiores.

Si las Torres del Homenaje de todos los castillos estaban destinadas para realizar la última resistencia, en Loarre, supeditado el plan de todo el edificio a evitar toda posible sorpresa y a dificultar, sobre todo, el asalto; habían de pasarse las puertas del primer recinto, burlar los tiros de

la torre albarrana, trasponer la puerta principal del castillo, cruzar la obscura escalera desde cuyo rellano primero se cruzaban los fuegos, para llegar a la base de esta torre. Si el enemigo, a pesar de estas dificultades, conseguía vencerlas,



La Torre del Homenaje del castillo de Loarre (Foto autor)

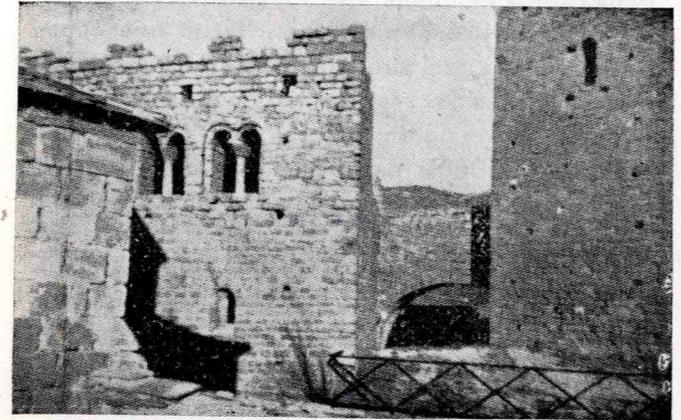
todavía no podía cantar victoria, pues la rampa pronunciadísima que conduce al patio superior, estaba completamente batida por todos los fuegos de la Torre del Homenaje y si llegaban, tropezaban con una nueva plaza fuerte erizada de almenas por todos lados y cerrada con espesas murallas. La torre mide 9,85 metros de largo en su fachada principal y 5,20 en las laterales, con unos muros de dos metros de espesor y veintidós de altura. Como todos los castillos feudales de la época, la Torre del Homenaje, circular o cuadrada, que normalmente era el lugar de la residencia del señor, la de Loarre tenía tres pisos, aunque por su contextura y por el hecho de tener nada más que una habitación en cada uno de los pisos es de sospechar que no era en ella donde habitaban los señores, sino que los únicos que la ocupaban, eran los destinados a cumplir la misión que aquel baluarte requería. De manera que todos los fines, en Loarre, estuvieron supeditados al estratégico. También ofrece, según hizo observar el marqués de Monsalud, otra diferencia, hallarse, no aislada, sino confundida en el conjunto de la fábrica, disposición que no aparece en el resto de Europa hasta el siglo xv.

Como hemos dicho antes, esta torre tuvo tres pisos y se adivinan restos de escaleras. Por un arco grandísimo, que como botarel gigantesco

une la torre con las edificaciones próximas, se oculta un camino de comunicación, por el que los sitiados podían huir o replegarse a otro recinto de la fortaleza, ya que, según la tradición, por este camino se podía descender a un subterráneo con salida directa al campo. Esta suposición puede ser verdadera, pues el castillo de Loarre tiene subterráneos imponentes, con magníficas bóvedas y arcos bellísimos y aun hoy, a pesar de estar obstruidos por escombros, podemos observar numerosas salidas hacia el campo. Por otra parte, casi todos los castillos medievales tenían galerías que permitían salir *de occultis* fuera del baluarte, burlando la vigilancia de los atacantes embargados por más acuciantes problemas y preocupaciones mayores. Así sabemos que pudo salir de Avignon el papa Benedicto XIII, tan ligado por los lazos de la sangre a los Luna, señores de Loarre.

Descendiendo por la escalerilla que hemos utilizado y tomando de nuevo la rampa ascenderemos un corto trecho para penetrar en la planicie o parte más alta del castillo, sita a 1.070 metros sobre el nivel del mar. Aquí podemos ver todavía otra torre que dominaba el aljibe situado en el llamado Jardín de la Reina, antiguo patio de armas, donde eran instruidos los soldados de la guarnición, que está separado por una muralla, de la que

sólo quedan los cimientos, de otro recinto parecido y próximo al que daban las habitaciones de los reyes. De esta parte sólo quedan, además de algunos restos de pilastras, una hermosísima ventana de proporciones de portada de Iglesia



La llamada Torre de la Reina del castillo de Loarre (Foto autor)

que está sostenida por cuatro soberbios arcos abocinados. Esta torre, llamada vulgarmente de «La Reina», es de planta rectangular y sus caras tienen 7,85 metros por 4,85, y es un poco mayor que la del vigía. En su cara sur presenta tres ventanales con parteluz en forma de columna a la altura que debió corresponder al tercer piso de la

torre, en el que subsiste también la puerta de entrada que la comunicaba con el arco de paso de la Torre del Homenaje y con la edificación contigua. A la izquierda de lo descrito, siguiendo el muro por Levante, se llega a una reducida pero bella capilla que mide 10,75 metros de largo por 3 de ancho y 4,48 de altura. Tiene una cabecera circular y está cubierta con bóveda de cañón corrido y ábside semicircular con bóveda de cascarón. Ni un adorno, ni una archivolta, ni una columna, aparte de dos delgadas aspilleras que le dan luz por el Norte, turban la sencillez de esta iglesia anterior a la principal, que es llamada de «La Reina» y ahora sirve de comedor para las solemnidades en que sube la cofradía de la Virgen del Castillo.

A continuación de esta capilla pueden verse unos cimientos que deben corresponder a las que fueron habitaciones reales del castillo por ser las mejor defendidas. Sólo resta de estas dos salas el arranque de un pilar. A una de estas salas, que debieron tener cuatro metros de ancho, corresponde el hermoso ventanal llamado «Mirador de la Reina».

IX

La iglesia

Si al llegar al primer rellano tantas veces mencionado, tomamos por la escalera de la izquierda, llegaremos a la iglesia principal del castillo abadía, de la que dice Lampérez: «La iglesia pertenece al estilo románico en todo su desarrollo. Es de una nave, brusca y oblicuamente interrumpida por la roca, un ábside semicircular forma la cabecera y entre ésta y aquélla se extiende el crucero de planta cuadrada. Bellísima y doble arquería circunda el interior de la capilla absidal; columnas adosadas a pilares escalonados sostienen los arcos torales; bellas ventanas con columnillas dan luz al crucero y al ábside, los capiteles son de figuras fantásticas y de hojas de característico entalle, las basas pertenecen al tipo ático degenerado. Una imposta ajedrezada marca el nacimiento de los cuerpos y bóvedas, siendo de medio cañón en arco de medio punto la de la nave y de cuarto

de esfera la del ábside. Sobre el crucero se levanta una cúpula semiesférica, despiezada por anillos concéntricos, ejemplo de altísimo interés por su estructura y elementos. Hombre entendido en su arte y maestro en inventar recursos para obtener el fin deseado, era el arquitecto que la construyó», continúa diciendo Lampérez: «Sin duda entraba en su programa dar dignidad e importancia al crucero de la iglesia, ya que su forzado emplazamiento impidióle proyectar una doble o triple nave. Para aquel fin ideó construir una capilla semiesférica sobre los cuatro arcos torales; pero en lugar de implantarla directamente sobre éstos, como es el caso general, pasando del cuadrado de la planta al octógono, por cuatro trompas cónicas, interpuso entre la semiesfera y los arcos torales un cuerpo. Dificultóle esto el problema del cambio de planta, pero lo venció atrevidamente, colocando en cada ángulo una doble trompa cónica superpuesta. Y no contento con llegar por este medio a la planta octogonal, constituyó los paramentos de esta linterna con una superficie esferoidal, con lo que obtuvo la planta circular deseada. No carece de barbarismos esta obra, cuales son las imperfecciones de la superficie esferoidal, pero de tal modo es ingenioso el partido adoptado, que la cúpula de Loarre merece citarse como uno de los

ejemplares más notables de la arquitectura europea». Mide la única nave 13,55 metros de largo, 9,64 de ancho y 13,30 de alto. Los cuatro arcos torales de que hemos hablado van apoyados en gruesas columnas adosadas a pilares escalonados, que ostentan capiteles tallados y basas de tipo ático degenerado. Llama al momento la atención en el ábside, la belleza de la arcadura o arcada simulada tallada sobre el muro como motivo ornamental. Esta arcadura presenta trece arquitos de medio punto encerrados por una imposta ajedrezada.

Destaca esta iglesia del castillo de Loarre, así como el resto del edificio, por la abundancia y riqueza de sus capiteles, algunos de los cuales son verdaderas obras de arte escultórico, en los que puede observarse influencia clásica, oriental en otros, y en muchos árabe, además de haber muchos con decoración antropomorfa o con aves y animales extraños. Son en total setenta y ocho los capiteles esculpidos de Loarre, cifra grande si tenemos en cuenta que no hay claustro en el castillo abadía.

La iglesia, como vemos, ofrece los caracteres precisos de la altura que el románico alcanzó en el Altoaragón, de la que son muestras maravillosas la catedral de Jaca, el monasterio de San Pedro el Viejo, el de San Juan de la Peña, el de Santa Cruz

de la Serós, San Pedro de Siresa y esta maravilla que es el castillo abadía de Loarre y que indican en los siglos XI y XII, al que pertenecen todos, el renacer espiritual y artístico que siguió a los terro-



Uno de los magníficos capiteles que adornan la iglesia del castillo
(Foto autor)

res que la llegada del primer milenio inspiró por creer todos inminente el fin del mundo.

La iglesia estuvo consagrada a San Pedro, como muchas de esta época, y tuvo tal importancia, que pronto fue convertida en capilla real y se estableció una comunidad de canónigos regulares que pertenecían a la regla de San Agustín, pues Sancho Ramírez, en su afán de engrandecer y dar categoría a las iglesias de sus pequeños estados, introdujo la Orden agustiniana en las iglesias catedrales de Roda y Jaca y en las capillas reales de Loarre, Alquézar y Montearagón.

Como se deduce de todo lo dicho, el castillo de Loarre no tiene, como otros, una historia brillante, apenas es mencionado por los cronistas e historiadores medievales, quienes ni citan su origen, ni nos narran las vicisitudes que sin duda hubo de sufrir. Todo es misterio alrededor de esta fortaleza, pero este misterio y este silencio contribuyen a hacerle más interesante y su importancia se agranda con sólo mostrar sus sillarejos, sus maravillosos capiteles, sus arcos y bóvedas románicos, su cúpula genial y la belleza incomparable de su emplazamiento, que con la fortaleza de sus torres y murallas hacen de nuestro castillo el mejor edificio militar de estilo románico de Europa.

BIBLIOGRAFIA

- ARCO, R. DEL, *El castillo real de Loarre*, Madrid, 1917.
- BOFARULL, M., *Proceso contra el último conde de Urgel y su familia*. Barcelona, 1871.
- CALZADA, A., *Historia de la arquitectura española*. Barcelona, 1933.
- CASAS, A., *El Papa Luna*. Barcelona, 1944.
- GIL, I., *El castillo de Loarre*. 1905.
- GIMÉNEZ SOLER, A., Revista «Aragón» (octubre de 1906).
— *La Edad Media en la Corona de Aragón*. «C. Labor», Barcelona, 1930.
- HUESCA, FRAY R., *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*. 1796.
- LA FIGUERA Y LEZCANO, L., *El monumento nacional castillo de Loarre*. Zaragoza, 1919.
- LAMPÉREZ, V., *Estudio de los caracteres de la arquitectura de Aragón desde la conquista de Huesca hasta el fin del reinado de don Jaime el Conquistador*. (Juegos Florales de Zaragoza, 1901).
— *Historia de la arquitectura española cristiana en la Edad Media*. Barcelona, 1904.
- PIJOAN, *Summa Artis*. Madrid, 1952.
- QUADRADO, J. M., *Aragón*. Barcelona, 1886.
- RÍOS JARMIENTO, J., *Jaime el Conquistador*. Barcelona, 1914.
- SALARRULLANA, J., *Documentos correspondientes al reinado de Sancho Ramírez*. Zaragoza, 1907.
- ZURITA, J., *Anales de la Corona de Aragón*.

INDICE

	Páginas
I.—La villa de Loarre hasta la Edad Media	3
II.—Loarre durante la Edad Media hasta Martín el Humano	7
III.—Loarre durante el reinado de Martín el Humano	15
IV.—Elección de Fernando de Antequera y rebelión de don Antonio de Luna	25
V.—Loarre y su castillo durante la suble- vación del conde de Urgel	33
VI.—Las defensas exteriores del castillo ...	47
VII.—Exterior del castillo abadía	55
VIII.—El interior del castillo	61
IX.—La iglesia	69
BIBLIOGRAFÍA	75

INDICE

Índice

I - La villa de Leire para la Real Abadía 3

II - Leire durante la Real Abadía para el Obispo de Leire 7

III - Leire durante el reinado de Martín el Humano 15

IV - El Obispo de Leire y el Obispo de Astorga y Leire de don Alonso de Lara 25

V - Leire y el castillo durante la dominación árabe del reino de Leire 33

VI - Las batallas de Leire y el castillo de Leire 41

VII - El castillo de Leire 53

VIII - El castillo de Leire 61

IX - La villa de Leire 69

X - Leire 75

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS OSCENSES

ARCO, RICARDO DEL: *La prensa periódica en la provincia de Huesca.*

— *Escudos heráldicos en ciudades y villas de Aragón.*

BALAGUER, FEDERICO: *El obispo de Huesca-Jaca y la elevación al trono de Ramiro II.*

— *Breve nota biobibliográfica sobre Ricardo del Arco.*

BELTRÁN, ANTONIO: *Las antiguas monedas oscenses.*

BROTO APARICIO, SANTIAGO: *Huesca, corazón de los Pirineos.*

DOLZ, MIGUEL: *Ramón y Cajal en el Instituto de Huesca.*

DURÁN GUDIOL, ANTONIO: *Los manuscritos de la Catedral de Huesca.*

— *Los santos altoaragoneses.*

ESPAÑOL MUZÁS, IGNACIO: *Historia de Binaced.*

JORDANA FUENTES, JORGE: *Una ventana sobre el mundo.*

PALACIOS SÁNCHEZ, JUAN MANUEL: *El ilustre aragonés Miguel Servet.*

SANCHO IZQUIERDO, MIGUEL: *Lecciones de buen amor en la literatura altoaragonesa.*

TARAZONA VILAS, JOSÉ MARÍA: *Las zoonosis parasitarias transmisibles al hombre en el Somontano de Barbastro.*

VALENZUELA FOVED, VIRGILIO: *Historia y Arte del Monasterio de San Juan de la Peña.*

— *San Juan de la Peña. Leyenda, historia, arte. Guía del visitante.*

— *El castillo de Loarre. Guía del turista.*